

Federico Navarro, docente e investigador de Conicet

Escritores somos todos

La implementación de programas de escritura transversales es clave en la formación universitaria. El catedrático considera que se deben visibilizar los textos producidos por los estudiantes para validar su rol como escritores.

Por Ximena Ávila, Mauro Orellana, Claudia Rodríguez y Tatiana Rodríguez Castagno*



Que la escritura es cosa de expertos, es un preconcepto de donde deriva la estigmatización, la idea de que los estudiantes escriben mal o vienen cada vez peores. Al visitar por tercera vez la Escuela de Ciencias de la Información, Federico Navarro habló con **El Cactus** de la necesidad de acompañar a los jóvenes universitarios en el proceso de elaboración de sus textos académicos.

El especialista en lectura y escritura estuvo en la ECI invitado por las cátedras Técnicas de Estudio y Comprensión de Textos y la Escuela de Trabajo Social, en el contexto del Programa de Apoyo y Mejoramiento de la Enseñanza de Grado de la UNC. Dictó dos talleres y brindó una conferencia acerca de la formación de escritores académicos.

Los estudiantes universitarios efectivamente son escritores.

—¿Cuándo se comienza y se termina de ser un escritor académico?

—Esta pregunta es muy importante, porque la respuesta va a determinar quiénes debemos enseñar a leer, escribir y hablar en la escuela, la universidad y los entornos profesionales. Y es también importante porque la escritura (y cuando digo escritura, estoy refiriéndome también a la lectura y la oralidad) suele ser parte de lo que se denomina *currículum oculto*. Es decir, algo que no se enseña, pero sin embargo se presupone y se evalúa. Entonces, especificar quién debe enseñarlo implica, además, que hay que enseñarlo; es el primer paso en su visi-

bilización y curricularización.

Volviendo a la pregunta, se comienza a ser escritor de muy pequeños y nunca se termina del todo. La alfabetización inicial es un proceso gradual que comienza con la escolarización formal, pero se va apuntalando desde antes, con la curiosidad por ese entorno adulto letrado que tienen los niños a los tres, cuatro años, cuando juegan a que leen o dibujan sus primeras letras. En las etapas más complejas de la alfabetización superior, los escritores deben seguir aprendiendo a escribir clases nuevas de textos como una tesis o una cancelación de contrato. En estos casos, deben tener herramientas para poder determinar los rasgos de esos géneros discursivos nuevos y ajustarse a las expectativas de sus directores, colegas y destinatarios, sin dejar de expresar su mirada y su estilo. Como se ve, desde la nena que garabatea a los tres años hasta la economista que escribe un documento técnico, todos

deben seguir aprendiendo a comunicarse según las exigencias de los nuevos entornos.

En la universidad hemos vivido un proceso de concientización vertiginoso en los últimos 15 años sobre la alfabetización superior, aunque recién estamos empezando a discutir de qué manera enseñar a escribir (cuántas horas, en qué etapas, con qué metodología, a cargo de quiénes). Me preocupa más lo que llamo la alfabetización media, la enseñanza de la escritura en la escuela secundaria. Creo que ese territorio de formación debería suscitar más atención. Estamos además en un momento histórico e institucional en el que la educación media se ha vuelto obligatoria y al mismo tiempo mantiene tasas elevadas de abandono.

–¿Qué clase de escritores son los estudiantes universitarios?

–Lo primero que debe decirse con convicción es que los estudiantes universitarios efectivamente son escritores, que se están formando, y que durante esa formación interpretan roles propios, específicos y legítimos. Es importante aclarar esta cuestión porque los estudiantes y sus textos son muchas veces considerados, en el mejor de los casos, como versiones empobrecidas de los verdaderos escritores y textos: los expertos. Esto lleva a la estigmatización, a la idea de que los estudiantes escriben mal o *vienen cada vez peor*, cuando en realidad lo que tenemos en las universidades argentinas es, por un lado, cada vez más inclusión de sectores que nunca tuvieron oportunidad de ir a la universidad y, por el otro, cada vez más demandas de escritura de clases de textos diversos.

Los estudiantes universitarios, entonces, están ingresando a comunidades de aprendizaje y culturas disciplinares específicas, que les demandarán escribir ciertos textos en buena medida nuevos y antiintuitivos, que se ajustarán a expectativas específicas vinculadas a objetivos, temas, estructuras, lenguaje, destinatarios, metodologías, argumentaciones y tradiciones muy específicas. Los estudiantes tienen una participación activa y legítima en esas comunidades. Como ingresantes en formación, deben gradualmente reconocer su entorno, incrementar su experticia y avanzar

en su trayectoria.

–¿Qué géneros leen y escriben los estudiantes?

–Justamente, para validar esos roles que ocupan los estudiantes como escritores en formación, tenemos que dar mayor visibilidad a los textos que escriben. Esto implica explicitar lo que solicitamos y esperamos como docentes, ejercitar las prácticas comunicativas en el aula, vincular la escritura con los procesos de aprendizaje, dar espacio a la escritura como proceso, desarrollar materiales didácticos con textos bien y mal resueltos, con instructivos, rúbricas y respaldos explicativos. En este sentido resulta útil pensar las trayectorias de los estudiantes en el grado como un recorrido por un mapa de géneros discursivos estudiantiles o de formación: clases de textos más o menos estables en sus características, que responden a ciertos objetivos tales como la enseñanza y aculturación de los estudiantes, que circulan en ciertos espacios y entre ciertos participantes, que poseen cierta estructura y ciertos rasgos gráficos, discursivos, gramaticales y léxicos.

Convertirse en escritor académico es un proceso largo y complejo.

–¿Qué desafíos implica convertirse en escritor académico?

–La escritura es un fenómeno complejo, con múltiples dimensiones y habilidades que se dan al mismo tiempo, y que en ocasiones es difícil distinguir. A veces nos quedamos en los aspectos más superficiales (pero no por eso irrelevantes) de la escritura, como la ortografía o la caligrafía. Convertirse en escritor académico implica poder internalizar los géneros discursivos de diferentes ámbitos vinculados: del español formal, del español académico, del discurso disciplinar. Así, se aprende a persuadir, a explicar con claridad, a ajustar el registro a la situación y el destinatario, a organizar el texto y volcar opiniones de formas preestablecidas... Hay que desarrollar, de modo complementario,

habilidades metalingüísticas y metacognitivas, como planificar y monitorear lo escrito, para participar estratégicamente en los procesos de escritura solicitados.

Convertirse en escritor implica además ajustar el conocimiento y perspectiva propios a las formas de construcción, negociación y comunicación de conocimiento de la disciplina. El estudiante debe aprender gradualmente a dar cuenta de lo que dicen los expertos, seleccionar y evaluar lo que resulte relevante, y utilizarlo críticamente para construir su propia perspectiva informada. Esto es difícil y requiere la confianza y acompañamiento de los docentes y las instituciones.

Por último, escribir sirve para organizar el pensamiento, hacerlo coherente e inteligible para diferentes audiencias, clarificar y evaluar las ideas, y de esta manera aprender los contenidos disciplinares y comunicarlos a los demás. Sin escritura, el pensamiento es un todo indiferenciado.

–¿Por qué hoy estos temas requieren atención de las instituciones universitarias?

–Esto es particularmente importante en el contexto del sistema universitario argentino, que se caracteriza por tener en general ingresos irrestrictos y por incluir cada vez más a sectores sociales que nunca antes habían ingresado a la educación superior. Por otro lado, esta temática no se resuelve institucionalmente con un simple llamado a atender la enseñanza de las habilidades comunicativas ni con un curso remedial aislado: es necesario diseñar programas de escritura transversales, que se ocupen de las diferentes etapas de desarrollo de los escritores, abarcadores de cuestiones diversas, flexibles y atentos a las demandas disciplinares y pedagógicas. Además, se requiere ofrecer oportunidades de formación docente en herramientas para llevar la alfabetización superior a las aulas.